

EL SENTIDO DEL HUMANISMO *

Decir que la civilización griega es la fuente de la civilización moderna, es enunciar una de esas verdades que la mayoría de las gentes acepta pasivamente como parte del acervo de conocimientos generales transmitidos por la enseñanza. Pero hay verdades olvidadas de pura sabiduría y así ocurre con muchos conocimientos depositados en la memoria como en un repertorio de lugares comunes, cuando no los ha hecho germinar la atención reflexiva, y la comprensión de su verdadero alcance no los ha incorporado, como elemento activo, a la vida de nuestro pensamiento.

Salva en reducidos círculos, es lo que viene ocurriendo en la civilización de nuestros días empeñada en desarrollar hasta en sus extremos límites la propensión que a Platón le parecía característica de algunos pueblos no helénicos y que denominaba **to philokhrématon**, el deseo de los bienes materiales. En el caso particular de nuestra patria, basta recordar como índice elocuente de la tendencia utilitaria que nos domina, la pregunta tan frecuente "¿para qué sirven el griego y el latín?". Si se quisiera contestar inocentemente que sirven para adquirir un conocimiento íntimo de la vida y del pensamiento griego y latino, sería

(*) Las presentes páginas contienen la conferencia que, por invitación de las autoridades de la Universidad de Cuyo, fué pronunciada en ella el 24 de octubre de 1941.

Creo oportuno consignar estas circunstancias de lugar y tiempo, tanta para dejar constancia de las atenciones recibidas en esta Universidad, donde numerosos amigos y ex-discípulos me honran con su afectuoso recuerdo, como porque desde aquella fecha, y en consecuencia de conocidos acontecimientos, han sido a menudo tratadas y aludidas públicamente algunos conceptos y circunstancias históricas que, con anterioridad, habían inspirado estas páginas. - E. F.

preferible evitarle al interlocutor el trabajo de una simplificación, y decirle sencillamente que para nada.

Apresurémonos a reconocer que no siempre ha sido así. Sin hablar de la poesía en general, que empezó a celebrar nuestras gestas emancipadoras con las formas y los símbolos del clasicismo greco-latino, es fácil citar poetas notables cuya legítima inspiración ha cobrado una gracia particular o un profundo poder de sugestión porque amaron y comprendieron el efluvio vital de la poesía griega que colora y renueva las imágenes de sus versos.

He aludido al Guido y Spano de los madrigales alejandrinos, de los poemas sáficos, y al Rubén Darío del **Coloquio de los Centauros**, cuyo gallarda musa nunca olvida que

Griega es su sangre, su abuelo era griego;
Sobre la cumbre del Pindo sonoro
el sogitario del carro de fuego
pusa en su lira las cuerdas de oro.

Pero también merecen recordarse aquellos que, con las hermanas Varela, amaron la poesía griega bajo el más severa ropaje latino, sin olvidar, como exclama Florencio en una oda, que la antigua Grecia es

la antorcha luminosa
que aun hoy la senda del saber nos muestra.

Con todo, y como los poetas podrían parecer testigos demasiado parciales, puesto que su propio nombre es una palabra griega, he aquí dos ejemplos, tomados un poco al azar, de la importancia que la civilización helénica tenía para algunos de los próceres que más se han empeñado en la organización y progreso de nuestra patria.

Uno data de los albores de la independencia y es la exhortación que Mariana Moreno dirigía desde **La Gaceta** al Congreso de 1810, recordando con particular insistencia la obra

de los legisladores griegos, para que las congresales se animasen "del mismo entusiasmo que guiaba los pasos de Licurgo, cuando la sacerdotisa de Delfos le predijo que su República sería la mejor del universo", y les recomendaba tomar como modelos "la sabiduría de aquellos reglamentos que formaron la gloria y esplendor de los antiguos pueblos de la Grecia".

Y, si se pensara que el vivaz pensamiento de Moreno hubiese conservado todavía el hábito de expresar reflexiones generales fundadas en los modelos clásicos frecuentados en la Universidad de Chuquisaca, —he aquí un vigoroso autodidacto como Sarmiento, que, si admiraba los métodos educativos norteamericanos, al hablar de importantes problemas de gobierno, no olvidaba el origen griego del concepto político de comunidad social "porque político es el sentimiento de **polis**, el hombre-sociedad, el hombre-pueblo". Y aun en la vigorosa polémica contra las pretensiones de las colectividades extranjeras, su legítimo sentimiento patriótico no le impedía exclamar "¿Qué sería de la marcha de la civilización si los etruscos que venían del Asia no hubiesen educado a Roma, y Roma al mundo con las artes griegas?". Pues el incuestionable hecho histórico que Alberdi formulaba como un axioma, de que "todo en la civilización de nuestro suelo es europeo", no tiene porque alarmar nuestro patriotismo, ya que, así como hemos sabido dar un acento nuevo a la lengua que recibimos de los españoles, sabemos y sabremos dar un matiz nuestro o aquella civilización que hoy parece vacilar en su sede, sacudida por una de las más tremendas catástrofes de su historia.

Sería larga e inoportuna tarea atestiguar con citas de reconocida autoridad la fundamental importancia que la antigua cultura griega asume para la civilización del grupo de pueblos occidentales a que pertenecemos y que por esta razón han merecido de un distinguido autor contemporáneo la calificación de helenocéntricos. Pero precisamente por tratarse de un autor de nuestros días y de un libro de muy pocos años que estudia este mismo tema con amplio criterio moderno, es de particular interés esta observación del profesor Jaeger: "Desde el punto de vista de nuestros días, los griegos constituyen un progreso fundamental

sobre los grandes pueblos del oriente, un nuevo grado en el desarrollo de la sociedad. Ellos establecieron una serie enteramente nueva de principios para la vida en comunidad. Por mucho que valoremos la obra artística, religiosa y política de las naciones anteriores, la historia de lo que verdaderamente podemos llamar civilización, esto es, la deliberada persecución de un ideal, no empieza sino en Grecia". "Y este comienzo, —agrega después—, no es sólo el comienzo temporal, sino también lo *arkhé*, la fuente espiritual a la cual, cada vez que alcanzamos un nuevo grado de desarrollo, debemos volver sin cesar para orientarnos nuevamente".

¿Qué es lo que ha dado tan excelso privilegio a los hombres que veinte y cinco siglos atrás habitaron este pequeño país, o, como decía el entusiasmo de Renán, "esa divina hoja de morera arrojada en medio de los mares"? Numerosos libros se han escrito para explicarlo y no pocos en los últimos años, como el que acabo de citar, pero antes que una síntesis o repetición de obras densas de pensamiento y erudición, acaso sea más ilustrativa la penetrante intuición de algún grande y auténtico poeta, cuya nacionalidad no lo haga sospechoso de solidaridad hereditaria, como podría ser un Chénier, un Carducci, un Heredia.

Si ocurimos a los germánicos, hallaremos en las luminosas reflexiones de Goethe una respuesta de tan rico y sugestiva brevedad como ésta: "De todos los pueblos, los griegos han sido los que mejor soñaron el sueño de la vida".

Tan cierto es el contenido real de la metáfora, que su trasposición al lenguaje objetivo puede hallarse por ejemplo en otro libro reciente donde un eminente profesor de Oxford define así el valor fundamental de la historia griega: "es la historia de la formación de un ideal por el hombre y para el hombre".

Y si queremos otra respuesta que no se disimule bajo el irisado velo de la fantasía, también es un poeta septentrional quien la puede dar, y tan preciso como pudiéramos desearla, en esta reflexión del inquieto y profundo espíritu de Shelley: "El estudio de la historia moderna es el estudio de reyes, financieros, estadistas y sacerdotes. El estudio de la antigua Grecia es el es-

tudio de legisladores, filósofos y poetas; es la historia de hombres comparada con la historia de títulos. Lo que los griegos fueron fue una realidad, no una promesa. Y lo que somos y esperamos ser se deriva de la influencia y de la inspiración de aquellas gloriosas generaciones".

Tener pues un ideal de la misión del hombre en su patria y conocer y desarrollar las virtudes más adecuadas para la conquista de ese ideal, es lo que distinguió a los griegos de la masa anónima de las civilizaciones orientales y los elevó a un grado de desarrollo espiritual de cuyo influjo no ha podido prescindirse desde entonces. Es esa, como dice otro conocido historiador de la cultura griega, Burckhardt, "la razón por la cual este pueblo se ofrece en estudio a toda la posteridad. Quien quiere sustraerse a él, retrocede".

Esta virtud ejemplar de impeler al perfeccionamiento de lo esencialmente humano, es lo que ha valido el nombre de humanismo a la necesidad, sentida varias veces por el pensamiento y la fantasía occidentales, de volver a las fuentes helénicas en busca de renovada juventud. Hubo un humanismo latino, cuando en el árido pragmatismo romano asomaron las artes de la vencida Grecia y en su asimilación se hizo consistir la **humanitas**, la cultura, que se llamó así, dice un romano, porque sólo al hombre le es dado conocerlas y aprenderlos.

Hubo un humanismo italiano, cuando entre las zarzas escolásticas de un desfigurado Aristóteles aparecieron las flores del idealismo platónico e inspiraron la elegancia espiritual con que Baltasar Castiglione cultivó ese de Petrarco

amoroso pensiero

che, mentre'l segui, al sommo Ben t'invia.

Hay, por último, un humanismo moderno que, armado de la filología y de la historia, acude a la eterna virtud de la cultura griega para dar un sentido filosófico a los esfuerzos con que la pedagogía se empeña en hallar una doctrina formativa, una **Bildung**, —que no tendría porqué disimularse bajo la traducción

exótica de la antigua **paideía**—, con la cual se tiende a un más completo ideal de educación, amenazado hasta ahora por el especialismo y la tecnología.

El concepto de humanismo, esto es, de asimilación de la antigua cultura helénica, ha venido así ensanchándose con el correr de los siglos, puesto que si primero dió formas de arte y de pensamiento a los habitantes del "ogreste Lacio", pudo ser después un terrenal reflejo de la increada hermosura cristiana y asociarse más tarde al elevado ideal de la democracia moderna. Pero su primera expansión se produjo por intermedio de Roma, y como los romanos tomaron de esa cultura tan sólo lo que pudieron adaptar a su índole formalista, lo propia palabra **Humanismo**, constituida por uno radical latina y un sufijo griego, sugirió por mucho tiempo una cierta limitación a la forma, cierto academismo, que desfiguraron la rica y armoniosa vitalidad del arte y del pensamiento originarios.

Para darse cuenta cabal de este proceso y comprender bien la necesidad de acudir directamente a los fuentes griegas como único medio de sentir y valorar toda su riqueza, será útil señalar algunos caracteres de esta romanización del helenismo, que ha sido el conducto por donde lo han recibido la mayoría de las naciones modernas.

Hacia ya más de medio siglo que se representaban en Roma, comedios imitadas de los griegas, cuando los Atenienses enviaron ante el Senado una embajada para gestionar la exención de cierta multa. Con el deseo de enviar personas gratas, eligieron o tres de sus más distinguidos filósofos, quienes, mientras esperaban la resolución senatorial, dieron algunas conferencias escuchadas con gran admiración y entusiasmo por los jóvenes aficionados a las letras.

Tenía entonces ochenta años el célebre Catón el Censor, campeón de las severas virtudes prácticas de la vieja Roma, que en una carta a su hijo había escrito años atrás: "cuando los griegos nos den su literatura lo corromperán todo". Y como el Senado, con cierta tolerancia por la juventud helenizante, no se apresuraba a decidir sobre las gestiones de los embajadores, Ca-

tón ocupó su banca para exigir a los magistrados una pronta resolución a fin de que aquellos embajadores pudiesen volver a las escuelas de su patria y dejar que los jóvenes romanos escuchasen como antes, (así decía) los consejos de las autoridades y el mandato de las leyes.

Es justa añadir que el propio Catón creyó necesario aprender el griego en su vejez y que, ni su prédico tradicionalista, ni el decreto del Senado que cinco años antes había expulsado de la ciudad a los retóricos y filósofos griegos, impidieron que se consumara rápidamente la conquista de Roma por la cultura helénica.

Pero más de un siglo después, todavía Cicerón sentía la necesidad de justificarse en uno de sus tratados por escribir sobre temas filosóficos griegos, cosa que a algunos les parecía impropia de la importancia y del prestigio de su persona; y en la generación siguiente, cuando la cultura griega era ya patrimonio de la sociedad romana, el poeta Horacio aun encontraba adversarios en los partidarios de los viejos poetas en quienes veía restos de la primitiva rusticidad latina.

Es que, por mucho que se compenetrose del pensamiento y sobre todo del arte helénico, en lo cual demostraban indiscutible buen gusto, los romanos no podían abdicar ni el acento severo de su lengua, ni el ademán imperativo de su porte, ni el rigor formalista de su mente, expresiones todas de las antiguas virtudes que los habían hecho dueños del mundo. En esto consistía la **gravitas** romana: cierto empaque, cierta seriedad altanera, persuadido del prestigio de los antepasados y de la misión providencial de mandar, que hasta el más delicado de sus poetas sabía expresar con un orgullo consular:

tu regere imperio populos, Romane, memento.

Las refinadas costumbres de los griegos de Tarento, de Sicilia, del África, habían comenzado a suavizar la rústica adustez de aquellos viejos romanos, que sus elegantes nietos gustaban de llamar, con cierta irreverencia, los barbados abuelos, pues el

primer peluquero de Roma fué traído de Sicilia, y fué el segundo Escipión quien introdujo la moda de afeitarse diariamente. De Tarento vino además el primer poeta épico y dramático que tuvieron los romanos y cuando éstos aprendieron a apreciar la riqueza de las letras griegas no tardaron en apropiárselas con igual ahínco con que Verres se apoderaba de los tesoros artísticos de Sicilia o Fulvio Nobilior dejaba los templos del Epiro con las paredes y las puertas desnudas.

Empero, su orgullo de conquistadores no les consentía sentirse advenedizos en la cultura intelectual y artística, y hallaron el modo de crearse una ejecutoria, entroncando sus viejas tradiciones itálicas en los ilustres linajes de la *Iliada*, el nobiliario del helenismo; sólo que, para justificar el sojuzgamiento político de sus maestros, se erigieron en vengadores de la antigua Troya y, haciendo de Eneas el remoto padre de su raza, pudieron de este modo derivarla directamente de las divinidades olímpicas y tenerse, como Julio César, por descendientes de la diosa Venus.

Asimismo, los ocultos e imprecisos genios, que el labrador latino conjuraba con rústicos ofrendas y rituales encantamientos, se insinuaron en las formas y atributos de los hermosos seres divinos creados por la fantasía helénica y dieron nombres romanos o las alegorías mitológicas que conferían dignidad y abolengo literarios a los prácticas agrestes y a las tradiciones lugareños del antiguo Lacio.

Con ellas, las acabadas formas métricas y los prestigiosos géneros literarios vinieron a dar expresión artística y adecuado realce a una lengua y a una historia cuya energía y trascendencia parecían justificar la pretensión al principado del mundo antiguo.

Y así como en el sentir popular, según lo revelan las comedias, comer bien, beber buenos vinos y divertirse, era lo que se llamaba vivir a la griega, *pergræcari*, así para las clases más elevadas, el lujo en el vivir, la elegancia y distinción en las costumbres sociales, el inteligente empleo de las facultades del espíritu, se cifraban en la posesión de las obras de arte y el ostensivo conocimiento de la lengua y cultura griegas, constreñidas de este

modo a engalanar la grandeza de los palacios y el orgullo senatorial de los romanos.

La asimilación de esta cultura superior fué, por lo tanto, obra de la aristocracia de Roma, pero su severo y tradicional concepto del *mos maiorum*, "la costumbre de los antepasados" y de la *auctoritas nominis populi Romani*, "el prestigio del nombre del pueblo romano", tuvo fuerzas de sobra para apropiarse esa riqueza cultural y darle un profundo sello de originalidad nacional. Lo que se atenuó fué la rigidez inhumana del abstracto concepto de la justicia con que el antiguo patriciado protegía los laboriosos frutos de sus predios, y la evolución puede medirse comparando el férreo precepto de las leyes de las doce tablas que dobla a varios acreedores el derecho de dividirse el cuerpo del deudor insolvente, con la conocida sentencia ciceroniana, *summum ius, summa iniuria*: el derecho extremo, puede ser un extremo daño.

En la extensa obra de Cicerón, es donde mejor se realiza, con amplia comprensión, la adaptación de los valores culturales griegos a la índole natural de los romanos, y es en ella donde se encuentran además frases tan ilustrativas como ésta: "La naturaleza prescribe que el hombre debe mirar por el bien del hombre, cualquiera que éste sea, por la sola razón de ser hombre". En esta reflexión, como en todo el desarrollo de algunos tratados filosóficos del gran escritor, se ve bien la altura del ideal humanitario que la asimilación de una civilización superior pudo hacer comprender a los nietos de aquellos avaros y utilitarios campesinos que, como aconsejaba Catón, se apresuraban a vender el esclavo viejo pero no tener que mantenerlo sin trabajar.

Pero tales conceptos revelan también que el arte y el pensamiento griegos en que se educaban los romanos, habían sufrido ya una evolución que, dándoles un carácter más universal y menos localista que en la Atenas clásica, había facilitado su adaptación a pueblos no helénicos. En efecto, en aquellas ideas se reconoce la moral de la doctrina estoica que predominó en el mundo antiguo, después que la espada de Alejandro abrió el cauce por donde el helenismo penetró en los grandes pueblos de

Asia y África y encendió en ellos diversos centros de una civilización cosmopolita y monárquica.

En estos nuevos reinos igualmente unificados todas por sendos gobiernos autoritarios; de una extensión y riqueza material gigantescos si se los compara con los pequeños estados municipales de antaño, el hombre se sentía desligado de los fuertes vínculos civiles y religiosos que lo habían hecho un elemento de los pequeños **poleis**. Así, abandonado a su propia iniciativa, cobraba nueva conciencia de su valor individual, y al verse privado de aquellas precisas normas de vida debió buscar en sí mismo una regla de conducta que las reemplazase. De esta manera, la filosofía se preocupó menos de la verdad que del bien y de la felicidad y con los estoicos llegó a aquel otro concepto de la hermandad humana que sirvió de religión a los hombres ilustrados de la época olejondrina o helenística y perduró hasta el imperio romano, con suficiente vigor como para florecer tan bellamente en el pensamiento del emperador Marco Aurelio.

Este carácter de universalidad que entonces asumió la cultura de origen griego y del cual nació precisamente su valor educativo y civilizador, fué lo que alimentó el humanismo latino que, como lo dice con precisa sobriedad el distinguido lingüista Meillet, "es la cultura helenística adaptada a la buena sociedad romana".

Esta cultura helenística latinizada es la que los romanos transmitieron a las naciones modernas, y las altas virtudes formativas que ellos mismos habían aprovechado, sirvieron por su intermedio de insustituible base para la educación literaria llamada de las humanidades, puesto que la cultura literaria contribuye poderosamente a afinar el espíritu y a darle la amplitud y soltura que enaltecen la condición humana del hombre verdaderamente civilizado: bien decía Anatole France, "humonités veut dire élégances".

Pero si reducida a sus formas generales y simplificada por su adaptación a un pueblo más propenso a la acción que a la especulación, la cultura griega conserva todavía inigualado valor ejemplar para las mentes en formación, puede decirse como co-

lorio que durante ese proceso de transmisión indirecta ha sufrido un cambio comparable al de un cuadro de Ticio reproducido al aguafuerte. La influencia aleccionadora de esta imagen limitado a sus trazos fundamentales puede perder pronto su eficacia, y las reproducciones sucesivas harán de ella un bosquejo cada vez más simple hasta llegar a una completa estilización. Es así como las formas artísticas griegas reproducidas por los romanos pudieron todavía dar noble prestancia al renovado clasicismo que inició el renacimiento italiano, pero poco tardaron en reducirse a yertas preceptos de academia y convertirse en trabas para la libre adaptación de nuevas modalidades del sentimiento.

Es que, como en la conocida alegoría platónica de la caverna, sólo se veían las sombras inconsistentes de los seres vivos que la luz invisible proyectaba sobre las paredes, sin gran empeño por ir o contemplar esos propios seres en toda la plenitud de formas y colores con que se movían libremente bajo los directos rayos del sol.

Para apreciar debidamente los valores ejemplares que los hon colocados tan alto en la historia, será pues siempre válido el consejo de Haracio a sus amigos, de estudiar día y noche los modelos griegos; no tanto para imitarlos en sus definitivos caracteres de perfección y de universalidad, como para comprender y contagiarse el sostenido esfuerzo que los ha impulsado o ese ideal desde las particulares contingencias de la realidad.

Casi todas las conceptos relativos a nuestra actividad intelectual o artística llevan todavía nombres griegos, pero el uso secular ha hecho de estos nombres transparentes abstracciones, que empleamos muchas veces dándonos inconscientemente la ilusión de discurrir sobre realidades, cuando en cambio nos abandonamos al inconsistente verbalismo o al nebuloso intelectualismo que malogra gran parte de los letras modernos. Es que aquellos nombres se han vaciado del preciso significado que tenían en la vida griega y en el cual se conservaba vivo el elemento particular y concreto exaltado por el arte o la reflexión hasta lo genérico e ideal. Al olvidar ese significado concreto, hemos hecho

de la palabra una fórmula o un rótulo con que pretendemos a menudo legitimar un contenido puramente artificial, o la usamos en innumerables ocepiones metafóricas entre las cuales rebotan nuestras ideas. ¿Cuánta se recuerda, en el empleo habitual de palabras como tragedia y comedia, del vasto contenido social y religioso que abarcaban en la vida de Atenas, sin que empero se hubiese desvanecida el sencillo núcleo de costumbres rurales designadas por esas palabras, puesto que de ellas resultaban precisamente las caracteres distintivos y las formas artísticas a que se habían elevado tales espectáculos? ¿Dónde está, si no en uno fría y gastada figura literaria, la lira de nuestros poetas que, sin embargo, acompañó el canto y determinó los ritmos que modulaba la apasionada Safo? ¿O qué subsiste de esas purísimas representaciones platónicas en que se sublimaba la mente humana, cuando se habla de las comunes y repetidas ideas que tan fácilmente se hilvanan en la presurosa vida moderna para engañar el insaciable apetito de las prensas? Ver cómo los géneros literarios, las formas plásticas, las instituciones sociales y políticas, no menos que las más altas especulaciones del pensamiento, van creciendo de las más simples y locales expresiones de la vida, impulsadas por la constante aspiración a un ideal que muchas alcanzaron, pero que siempre fué para ellas como la armoniosa túnica que engrandece los cuerpos sin disimular sus formas, —ese es el gran beneficio que atorga el contacto directo con una cultura que nació de sí misma y que sin influencias inmediatas y sin modelos extranjeras, fué el propio artífice de su grandeza.

Temprano emancipados de angustias teológicas y de autoritarias despotismas, los hombres que realizaron esta obra hallaron en su sentido de la belleza y en el vigor de su raciocinio los medios adecuados para servir el afán de superación que hizo de su vida nacional una obra de arte, el "milagro griego" de Renán. Desde sus primeros ensayos, experimentaron el poder y el fácil juego de sus facultades y en medio de las maravillas de la naturaleza, dice una de sus poetas, el hombre les pareció la más admirable de todas, el hombre, agrega el mismo Sófocles en un célebre coro de la **Antígona**, "que aprendió el lenguaje y el pen-

samiento alado y los costumbres políticas, así como aprendió o huír de los inclementes heladas y de las impartunos lluvias, pues rico en arbitrios no carece de ellos para cualquier momento del porvenir".

Su buen sentido innato y el equilibrio de su alma, los preservó empero del vanidoso orgullo contra el cual se levantó en su mente el concepto de la **hybris**, lo excesivo, lo que va más allá de sus fines y como un péndulo fatal vuelve a herir al imprudente. Los primeros esfuerzos de la reflexión moral pusieron el mismo concepto bajo la égida de la religión y en el templo de Apolo apareció el conocido precepto **medén ágon**: "nada de más".

Aquella admiración por las facultades del hombre fué más bien una apreciación objetiva que de inmediato despertó la noción de la responsabilidad: semejante prodigio de la creación debía desarrollarse en conformidad con su naturaleza, es decir, con su finalidad, según la identificación de Aristóteles, y para ello era deber primordial del hombre conocer esa naturaleza, es decir, conocerse a sí mismo, como el dios Apolo prescribió a Sócrates para que con él se abriera la recta ruta del pensamiento humano. De ahí que el hombre fuese el tema fundamental del arte griego que lo representó en la plenitud ideal a que aspiraba, —la última razón de la política griega concebida como la integración de las libertades individuales—, el problema central de la filosofía, empeñada en elevar al hombre hasta el conocimiento de su propio bien en la verdad absoluta. Y tan dominante fué la preocupación del hombre entre los griegos y la persuasión de su valor preeminente en la naturaleza, que proyectó su propia condición en ella revistiendo de formas humanas los poderes superiores con que se le manifestaba.

Los aspectos inanimados de esta naturaleza, pasan así a segundo plano cuando no revisten las personalidades alegóricas de la mitología, si bien el lugar que ocupan en el arte no es tan reducido como puede parecer, si se lo compara con la amplitud de las descripciones líricas de la naturaleza a que nos ha acostumbrado la poesía romántica. Basta recorrer los inmortales pá-

ginas de la literatura griega para hallar a cada paso la clara percepción de las bellezas naturales, sea en precisas y descriptivas epítetos que abundan en Homero y en los poetas líricos, como los rosados dedos de la aurora, el agudo silbido del Céfito, la innumerable risa de las olas del mar, el violáceo resplandor de las colinas de Atenas, —sea en rápidas y sugestivas alusiones, como la monzana que raja en lo alta del árbol o las guirnaldas de violetas y perfumadas rosas de Safa—, sea en breves y sugestivas descripciones, como la gruta de Calipso en la **Odisea**, o con más detalles, ésta que hace Sófacles de su suelo natal:

“Aquí, más que daquiera,
el armonioso ruiseñor suspira
en el fonda de verdes hondonadas,
bajo la espesa hiedra en que se oculta;
cada mañana, el celestial rocía
hace crecer el tímido narciso
y el azafrán dorada;
jamás se duermen las nutridas fuentes
del errante Cefiso,
y cada día, con sus puras linfas,
llena la tierra de vigor fecundo”.

La escasa fertilidad del suelo griego da especial valor a trazos descriptivos como éstos a los que, para citar otros ejemplos, padrían añadirse más de una fresca y pintoresca escena campestre de Aristófanes, sin alvidar el ambiente de varios diálogos platónicas. Si se requiere una atención prevenida para reparar en ellos, se debe, en primer lugar, a la sobriedad de la expresión clásica, tan poco inclinada a la prolijidad moderna y siempre cuidadosa de que todos los elementos guarden la debida proporción y medida. Bien decía a este respecto Nicolás Tommassea, “Homero dió a la aurora dedos de rosa. De los dedos, los imitadores llevaron las rosas a las manos, de las manos al rostro, del rostro al seno; luego acabá por decirse que ella esparcía cestos de rosas por el cielo”.

Además, coma los actas y pensamientos humanos eran la

que primero impartaba a los griegos, la naturaleza en sí sólo tenía sentido si se lo daba la presencia del hombre, protagonista, por derecha propio, en la escena del mundo. El paisaje más rico de Italia y el tradicional apego a la tierra en seculares generaciones de pacientes agricultores, pudo hacer sentir a un Virgilio la poesía de las sombras que se alargan al atardecer, los blandos murmullos de las frondas umbrasas, las **lacrimæ rerum**: la misteriosa tristeza de las cosas, —el griego curioso, omigo del mar que penetra por los mil golfos de su tierra y duplica la luz de su cielo, quiere ante tado saber hechos nuevos y experiencias ajenas, hablar y oír hablar a otros hambres, y las cosas del mundo son los motivos inertes de la actividad siempre despierta de su mente cuya necesidad de comprender es para él la facultad humana par excelencia.

Y así como la agudeza de su vista supo captar con asombrosa precisión las más variadas actitudes del cuerpo y dirigir la mano del escultor para reproducirlo en toda su armonía vital, así los móviles fundamentales de la vida del espíritu fueron el tema inagotable con que los poetas crearon los inmortales arquetipos humanos que han perdurado a través de veinticinco siglos. Mucho antes que Aristóteles trazara en la **Retórica** sus magistrales retratos psicológicas de las edades del hombre, el glarioso ciego de Quías había poblado sus relatos inmortales con mil seres humanos de tan marcada y viviente personalidad que los conocemos mejor que a muchos contemporáneos. Desde la bravura impetuosa de Aquiles hasta el sereno y reflexivo coraje de Ulises, desde el grandiosa y desesperado heroísmo de Héctor hasta la vanidosa frivolidad de Paris— los más variados sentimientos de la edad viril se revelan en el físico, en los ademanes, en las armas y en las palabras de tan variados tipos de una raza.

Pera también están los ancianos, tan diversos entre sí como el desdichado Príamo agobiado por los años y las desgracias, o el viejo Néstar, aun robusta de cuerpo y rebosante de sensata experiencia en sus prolijos discursos. Tampoco faltan las mujeres, modelos de esposas, jóvenes y recatadas como la noble Andrómaca, dignos y cautas en su espléndida madurez como la

virtuosa Penélope, ancianas matronas como Hécuba, mujeres fatales, como Helena, doncellas llenas de graciosa sensatez como Nausica. Ni siquiera faltan los niños en la **Iliada**, y, en la grave escena de la despedida, el tierno hijo de Héctor que se asusta de las armas paternas hace florecer entre lágrimas la dulce sonrisa de Andrómaco.

Los nuevos géneros literarios, que acompañaron el desarrollo de los institucionales religiosos y políticas de los nuevos estados, permitieron dar mayor amplitud a la representación de aquellas figuras ideales, cuyos actos simplificados explicaban el sentido de las acciones humanas. Las terribles desgracias de los héroes, que no supieron contener sus actos en los límites de su condición de hombres, fueron elocuentes ejemplos de los conflictos más trascendentales entre las eternas pasiones del alma y los imperativos de la razón, entre la interpretación de las leyes naturales y la necesidad de leyes civiles; y así nacieron las figuras tan llenas de verdad humana del teatro ateniense, una víctima de la pasión como Fedra, una víctima de la ley como la admirable Antígona, una víctima del orgullo como el desdichado Edipo.

Entretanto, la necesidad de darse cuenta de las cosas, la **philomátheia** que según Platón, distinguía al griego de los otros pueblos había hecho nacer la filosofía y las ciencias, que con audacia juvenil, se lanzaron confiadas a descifrar el enigma del universo y del ser, hasta que la dura experiencia las llamó a la realidad y los obligó a afinar los inseguros métodos con que había empezado. La variedad y confusión de sistemas donde se extrañaban estos temerarios exploradores del misterio, les hizo reparar de pronto en que, como decían del primer filósofo que, por mirar el cielo, no había visto el pozo en que ponía el pie, se habían olvidado de la inmediata y urgente realidad, que era el hombre mismo; y eso fue lo que advirtió Sócrates cuando, desencantado de las ciencias naturales, la **historia peri physeos**, abandonó la investigación de las causas y se dedicó a la ciencia del bien, con lo cual, decía elocuentemente Cicerón, "hizo bajar la filosofía del cielo, la situó en las ciudades, la hizo entrar hasta

en las cosas y la obligó a discurrir de la vida y de las costumbres, de los bienes y de los males".

Siguiendo a su maestro, y por boca suya, Platón repetirá después, en el **Georgias** que la más noble investigación es la de averiguar cómo debe ser el hombre y qué es lo que debe hacer y hasta qué límite; y en la ondulante prosa de sus diálogos, escritos en esa maravillosa lengua que el mismo Cicerón estimaba digna de ser hablada por los dioses, persigue el inasequible enigma hasta darle la solución que mejor interpreta la elegante dialéctica y el innato sentido estético de los griegos.

En efecto, para llegar a los altísimos conceptos que le han dado gloria eterna, no necesitó un lenguaje abstruso, cargado de términos artificiales sólo comprensibles para un grupo de iniciados, sino la flúida y flexible lengua de sus semejantes, en cuyos términos, aun sutilizados por la elaboración intelectual, se transparenta siempre la viviente acepción originaria. Es así como el término y el concepto de la **areté**, tan propios del espíritu griego y familiares a sus poetas de todos los tiempos, se subliman hasta la teoría de las ideas, sin perder su modalidad netamente helénica.

La **areté** no es exactamente la virtud, como se la traduce en su interpretación latina, donde aun resuena algo del esfuerzo ejecutivo del **vir** romano. Es, según su sentido etimológico que, sin duda, los griegos percibían, la adecuación de todo ser, y aun de toda cosa, a la función que su naturaleza le asigna; la **areté** de un barco es su aptitud para navegar bien, como la del ojo es la de ver bien, no menos que la **areté** de un alfarero es su habilidad en hacer buenas vasijas o la de una tejedora la de hacer buenas telas. Toda edad, toda condición humana, lo dice expresamente Platón, tiene así su **areté**, lo que podríamos llamar su capacidad de perfección; pero hoy además la del hombre como tal, y para saber cuál es esa **areté**, esa perfección del hombre, es necesario conocerlo bien, según el precepto delfico que Sócrates se esforzaba en obedecer. En pos de esta perfección, Platón llegará a las ideas y por ellas a la Idea de las ideas, finalidad suprema de la **areté** o perfección del hombre.

Por otro camino y disintiendo con su maestro en cuanto a las Ideas, Aristóteles buscará la perfección del hombre como tal, y la hallará en la vida civil, pues si realizándose así completamente, como dice en la **Política**, es el más perfecto de los seres vivientes, sin esta **areté**, que es la de vivir conforme a las leyes y a la justicia, es el ser más impío y más salvaje.

Este afán de superarse inspirado por el claro conocimiento de la perfección, que está latente en el héroe homérico, como en el alma de los artistas y en la mente de los filósofos, es lo que hizo poetizar al propio Aristóteles dictándole estos bellos versos a aquella **areté**, que aquí suena a perfección ideal: "o **Areté**, madre de tantos esfuerzos para la raza de los hombres, y la más hermosa conquista de la vida. Por causa de tu belleza ¡oh virgen! sufrir la muerte o las más pesadas e interminables fatigas, es en la Grecia una envidiable suerte: Tan bella es el fruto que paces en el alma, tan inmortal y mejor que el oro, que el sueño reparador".

Si en el arte de los griegos ha sido, pues, dominante la preocupación del hombre, y si en busca del tipo ideal de cada individuo, los artistas llegaron a reproducirlo en cuerpo y alma con insuperable perfección, así también los filósofos en sus grandes esfuerzos de síntesis se afanaron por situar el hombre en la naturaleza y en considerar a ésta en sus relaciones con él, para hallar una unidad que satisficiera la invencible necesidad de su espíritu de darse una explicación clara y armónica de las cosas.

De ahí que en la civilización helénica toda esté hecha a la medida del hombre, porque sólo así puede abarcarse bien en un todo el orden y la armonía de las partes que reclama la necesidad estética de los griegos: es la que califica Aristóteles con el característico adjetivo **eusúnopton**, que sólo puede traducirse bien con la perifrasis "fácil de ver en su totalidad". Lo inmenso no tiene sentido para ellas, puesto que el ideal de esa civilización es cualitativo y no cuantitativo y así en lo material como en lo espiritual rehuirán lo que excediendo la normal capacidad humana no permita la fácil percepción de su unidad: así un templo perfecta tendrá las modestas proporciones del Partenón, un drama

perfecto no superará la acción de una tragedia de Sófocles, una **polis** perfecta no debería ser mayor que una pequeña ciudad de diez mil ciudadanos, como enseñaba Hipódama de Mileta.

Varias circunstancias explican sin duda esta deliberada limitación que, así someramente enunciada, parecería contrariar la noción de progreso tan cora al mundo moderno, aunque le ha proporcionado las más firmes bases para su desarrollo. Sin hablar de la discutible influencia del reducido medio geográfico, bastará recordar que en nuestra civilización occidental fué el de los griegos el primer esfuerzo por hallar una explicación racional del gran problema humano y es concebible que, antes de aumentar sus dificultades, hayan preferido circunscribirla a sus términos más simples.

Na olvidemos tampoco que, en nuestros días, cuando la marcha del progreso adquiere un ritmo desconcertante, no pocas hambres vuelven a sentir, como los griegos, la necesidad de hacer lo que podría decirse un examen de conciencia de la humanidad, y el autor de un libro de considerable difusión sobre este nuevo desconocido que le parece ser el hambre, ha podido escribir palabras como éstas: "Na hay ninguna ventaja en aumentar el número de los inventos mecánicos. Acaso habría que dar menos importancia a los descubrimientos de la física, de la astronomía y de la química. Por cierto la ciencia pura nunca nos trae directamente el mal; pero se vuelve peligrosa cuando, por su fascinadora belleza, encierra completamente nuestra inteligencia en la materia inanimada. La humanidad debe hoy concentrar su atención sobre sí misma y sobre las causas de su incapacidad moral e intelectual".

Por otra parte, aquella limitación de las obras humanas era el fruto de un rigorismo lógico semejante al que muestra sus consecuencias extremas en algunos resultados de la dialéctica de Platón, como la utopía de la **República** o la paradójica negación del arte que inducía a un poeta como él a excluir a los poetas de su estado ideal. Y si esa limitación obedecía a un imperativo del **logos**, de la necesidad espiritual de percibir sin esfuerzo el orden y la armonía de creaciones proporcionadas a la

capacidad natural del hombre, era también el paralelo físico de lo que en el orden moral resultaba ser la moderación en el ejercicio de las facultades, la cualidad esencialmente griega de la **sophrosyne**, es decir, la salud del pensamiento como parafraseaba Esquilo, "de la cual, —ogrega—, nace la felicidad que aman y ansían los hombres".

Pero el hecho de que una sensata moderación les evitara la inquietud mental y el consiguiente desasosiego moral que sobrecoje hoy a muchas almas en presencia de una civilización que parece escapar al dominio del hombre, no significa en modo alguno que los griegos hayan sido incapaces de concebir la noción del infinito y que su alto estimación de la dignidad humana los haya hecho encastillarse en la soberbia de una vanidosa estrechez.

Tan no es así, que ha podido escribirse hace pocos años un libro sobre lo infinito en el pensamiento de los griegos; y por ahora bastará recordar que en sus primeras preocupaciones ontológicas, alguno de ellos creyó hallar el ser primordial precisamente en la que llamaba lo ilimitado o indefinido. Y sí el venerable autor de la **Ilíada** pudo contar el íntimo goce que invade el alma del pastor ante el silencio infinito de la noche estrellada, no puede pedirse una expresión más elocuente de la frágil pequeñez del hombre que la del gran lírico que, mucho antes de Shakespeare y Pascal, exclamó "seres de un día, ¿qué somos, qué no somos? El hombre es la sombra de un sueño".

Pero en este ser inconsistente y perecedero, sometido o todas las contingencias, como también decía Heródoto, fueron ellos los primeros en descubrir una capacidad de perfección, una **areté**, y una libertad de acción que lo impulsaba a realizarse a sí mismo de acuerdo con un orden y una armonía inteligibles paralelos al **Kosmos** que habían percibido en el Universo. Esta realización, lo decía Aristóteles, estaba en la vida civil, tanto más perfecta cuanto mejor y más completamente realizada en cada uno de los individuos, y no es ésta por cierto la menor de las lecciones que nos da la cultura helénica. Y está tan lejos de ser una lección friamente objetiva y teórica, que en esta parte

de nuestra tierra, en donde a cada paso nos llegan al corazón los testimonios de la virtud ejemplar de un hombre que verdadera y grandemente se realizó a sí mismo, podemos asociarla con estas palabras que todos conocemos y que son un elocuente ejemplo de la **areté** griega: "serás lo que debes ser, si no no serás nada".

Enrique François

(Universidad de Buenos Aires)